ambos es obvia la falta de síntesis del poeta. En el primer caso, Montemayor pretende ser sintético y lo logra sólo en cierta medida:

Teth
Despertarás por un rumor
de palabras intactas y olvidadas,
sin sentir que has hablado,
desprovisto de deseo o de hastío,
irreparable como la virtud.

Los versos tercero y cuarto producen un efecto que rompe la síntesis. Son versos explicativos que rompen con la concentración, verdadera síntesis, que presenta la analogía del último verso. Por contraparte, es también en la analogía donde se da el caso extremo opuesto. El abuso del "como" en los siguientes versos hace estallar la capacidad de concentración de la analogía y la repetición de la estructura comparativa demuestra imprecisión en el despliegue antes que riqueza y dimensión:

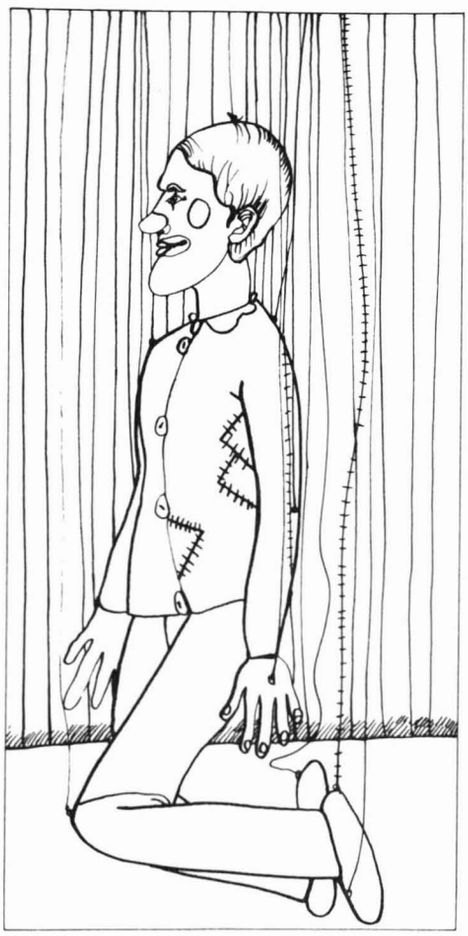
Y antes aún,
tan o como si no hubiese sido este día,
como si yo no hubiese sido, sino hace
muchos años,
ví el amanecer, a solas,
surgiendo como si lo retuviera la vida,
como si su sangre fuera sólo recordar el
mundo,
el susurro melodioso y oprimente de la
ciudad.

Ambos ejemplos muestran la relación de repliegues y despliegues en que se mueve el autor.

Quizás si cada una de las partes que constituyen el volumen se viera como un todo y uno se olvidara de su reunión inestable, la valoración de la obra de Montemayor se dedicaría a dos de ellas, principalmente: "Las armas y el polvo" y "Poemas". En ambas subyace una de las preocupaciones centrales del poeta, el resarcimiento a partir de la tradición. En contraste con otras partes más espontáneas, estos dos son frutos de una búsqueda exigente y cuidadosa, y en ellas se escucha la fuerza que da la continuidad de un quehacer literario de fuentes e influencias:

¿Para qué fundar nuevas ciudades?
En nuestro retraso ha de nacer algo valioso.

Hoy va la mujer en los labios y el alma,
para que no quede abandonada, Eneas.



Nuestros padres fundan ciudades que no entienden.

¿Para qué llegar a la cuna de los dardánidas?
Es tan hermoso ver la vida pudrirse en un mismo cuerpo.

Carga ahora tus dioses en la espalda;
carga los escombros de los padres;
pisa las venas de los laberintos
en que la sangre se aturde y nos estremece,
cuando la resaca cunde en los ojos,
cuando estallan como el mar las ciudades, los días, los fracasos.

En este poema, el primer de la serie "Las armas y el polvo", Montemayor demuestra la posibilidad de sus recursos. Mesura y dominio que faltan en aquellas partes espontáneas que, sin embargo, no están exentas de frescura y lirismo. Debatiéndose entre el lenguaje pulido y el lenguaje bruto, entre la retórica y la llaneza, el autor publica y se arriesga con un libro excesivo donde existe una parte —la última— hecha a base de poemas diversos cuya sola confluencia es el título y el espacio que los reúne. El riesgo que asume Montemayor produce un desencanto: el libro parece haber sido confeccionado intempestivamente y sin línea conductora.

Los desniveles en el seno de la escritura son evidencias que no corresponden a afanes "vanguardistas" o a intenciones tangibles que devengan en proposiciones estéticas, más bien son abismos en una búsqueda que no acaba de cuajar y que cuando alcanza un logro se presenta mezclada con fracasos.

En *Abril y otros poemas* hay por lo menos dos *plaquettes* ¿por qué, entonces, hacer con ese material un libro abigarrado?

México bien vale una crónica

Carlos Monsiváis, *Antología de la crónica en México*, México, 1979, UNAM. Textos de Humanidades, 8. 220 pp.

por Gustavo García

La crónica, como vehículo de la indignación popular y extensión literaria del periodismo, como eternización de lo fugaz y actitud política, rescate de la historia perdida (u oculta) y desmitificación de los grandes nombres, exige y tolera un gigantesco acopio de datos, una atención por el detalle pertinente y un abandono de las fórmulas y las recetas que, si bien limitan su ejercicio, lo depuran, sobre todo en un ambiente periodístico condicionado, semianalfabeta y mediatizado, como el latinoamericano.

No se busquen más constantes que las de la intención; la *Antología de la crónica en México,* seleccionada, prologada y anotada por Carlos Monsiváis. tiende, como el libro neo-clásico *Amor perdido*, "... a la configuración cronicada de un panorama 'de costumbres', 'de moral social' o de Figuras Sintomáticas y Fenómenos Significativos..."[1].

La antología es polivalente: la revisión

[1]Carlos Monsiváis, *Amor perdido,* México, 1978, Era. p. 347.

histórica (de Guillermo Prieto a José Joaquín Blanco) de un género periodístico tan difícil como brillantemente cultivado en México es, al mismo tiempo, la consignación, la elaboración del rostro del país (en ese sentido, el oficio de periodista, y más precisamente, el cronista, se identifica con el de los cartógrafos borgianos). Ahí tienen lugar todas las intenciones y ánimos, desde la rabia contra el invasor yanqui (Guillermo Prieto, "La invasión yankee", p. 38) hasta la justificada añoranza por "Las tortas de Armando" (Artemio del Valle Arizpe, p. 83) y de "Las glorias del gran Púas" (Ricardo Garibay, p. 144) a Mao Tse Tung y Chou En Lai vistos por la comitiva presidencial de Luis Echeverría . (p. 156).

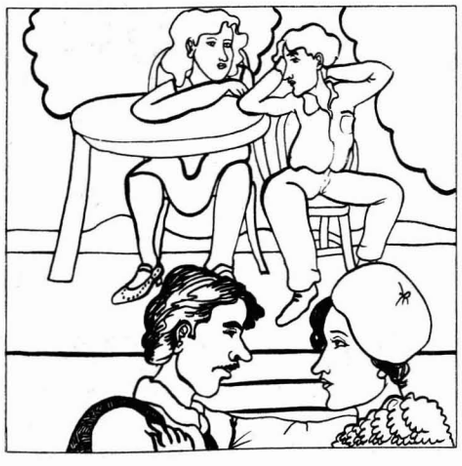
La crónica es la articulación coherente de una realidad consignable (todo acto de cultura es un objeto de información) y una postura política ("Un cuadro de costumbres no es sino una elección crítica", apunta Monsiváis en el prólogo). Una antología de la crónica es exactamente lo mismo; una selección (por lo tanto una discriminación) con una intención que le añade un nuevo significado a los textos elegidos, el significado de su permanencia, de su pertinencia histórica y estética (que indudablemente tiene un texto tan reciente como el de Héctor Aguilar Camín, "Ataca matraca", sobre la protesta como candidato a la presidencia de José López Portillo).

La crónica osciló desde sus primeras décadas entre el compromiso político (Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio M. Altamirano) y la frivolidad (Gutiérrez Nájera, de Valle Arizpe, Novo), entre el patriotismo y la importación de modelos de inspiración como vía de modernización. El dilema, resuelto más o menos por Novo, ofrece nuevos matices en los últimos años: a una opinión política inevitable (y que se puede manifestar de varias formas) corresponde un afán por romper esquemas reiterativos y estériles del periodismo tradicional, aunque sin contemplar formas precisas de expresión, ni siquiera las muy útiles del *New Journalism* norteamericano (Mailer, Wolfe, Talese, Capote), al que Monsiváis ha dedicado un excelente ensayo incluído en el volumen como apéndice, y cuyo agotamiento no debería desalentar sino, antes bien, motivar el aprovechamiento de sus intenciones originales y sus hallazgos ("La implicación de que el tema refleja a la sociedad en su conjunto... Muerte de la objetividad: puesto

que la objetividad es imposible, el Nuevo Periodismo se sumerge en la acción y escribe desde el punto de vista de los involucrados... Recreación de los acontecimientos", p. 215).

El espléndido desarrollo de la crónica en México enfrenta ahora un obstáculo decisivo, su abandono por una buena parte de las nuevas generaciones de periodistas, a las que Monsiváis, en cambio, propone la evidencia de "... un nuevo país todavía incronicado e incomunicado, el México de masas y desempleo, de frustación y esperanzas bajo la tierra... Una encomienda inaplazable de crónica y reportaje: dar voz a los sectores tradicionalmente proscritos y silenciados, las minorías y mayorías de toda índole que no encuentran cabida o representatividad en los medios masivos", p. 36).

Proposición de metas, constancia de recursos y talentos, de la dignidad de un oficio vituperado con demasiada facilidad, la riqueza de la antología de la crónica aumentaría conforme afecte (y necesariamente lo hará) a un medio muchas veces ignorante de sí mismo, el periodismo profesional.



La vida es larga y transcurre entre aciertos y fallas

José Joaquín Blanco, *La vida es larga y además no importa*
Premiá Editora, Colección La red de Jonás, México, 1979, 93 pp.

por Rafael Vargas

> Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
> —así en la costa un barco—
> sin que el partir te inquiete.
> Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
> porque la vida es larga y el arte es un juguete.
> Y si la vida es corta
> y no llega la mar a tu galera,
> aguarda sin partir y siempre espera,
> que el arte es largo y, además, no importa.
>
> Antonio Machado

Parafraseando un par de versos de este poema José Joaquín Blanco titula su primera novela y a la vez, con ello, nos entrega una clave de la actitud que guardan esas páginas: la misma que ha generado en sus ensayos y escritos periodísticos, y que podríamos localizar aquí, a falta de un mejor término, como vitalista; no hay moraleja sino acciones, narración de actos que conforman la vida y de los cuales no puede desprenderse otro contenido que el que otorga la configuración de la vida misma. No hay moraleja y por lo tanto no hay tampoco maniqueísmo, lo que se agradece en razón a la inmensa cantidad de nuevas novelas que buscan pactar y se autoproponen como englobamiento de la verdad y/o abanderadas de valores absolutos y "revolucionarios".

Aunque con reservas, *La vida es larga...* es un magnífico primer paso de Blanco dentro de la narrativa mexicana. Los "te-